

**“Los indios y la conquista de Río de Janeiro”, en CELESTINO DE ALMEIDA, María Regina. *Metamorfoses indígenas. Identidade e cultura nas aldeias coloniais do Rio de Janeiro*, (cap. 1) 2ª edición, Río de Janeiro, Editora FGV, 2013.**

La guerra por la conquista de Río de Janeiro contra los tamoios y los franceses fue, para los indios conocidos como temiminós, la oportunidad de realizar la más cruel venganza contra sus enemigos, y antiguos vencedores. De acuerdo con el relato del jesuita Simón de Vasconcelos, escrito en el siglo XVII, los tamoios y los temiminós estaban en Río de Janeiro en guerras crueles, destruyéndose y comiéndose los unos a los otros, cuando, en 1555, el padre Luís da Grã acordó con Vasco Fernandes Coutinho, donatario de Espírito Santo, “que oferecesse agasalhado ao principal dos temiminós, que estava de pior partido, e se chamava Maracaiá- Guaçu, que vem a dizer em nossa linguagem o Grande Gato”. Aceptada la propuesta, el gobernador envió embarcaciones y los temiminós migraron para la capitania de Espírito Santo, donde, bajo la administración de los religiosos de la Compañía de Jesús, formaron una populosa aldea –que no tardó en crecer con contingentes de tupiniquins llegados desde Porto Seguro, acosados por los aimorés. Algunos años más tarde, no sería difícil a los portugueses obtener el apoyo de gran parte de aquellos indios, entonces liderados por Arariboia, para regresar a las tierras de origen y dar combate a los tamoios y a los franceses. Estácio de Sá esperaba “que o estabelecimento

de uma aldeia de índios aliados, contrários aos tamoios, como um baluarte em frente á nova cidade, conservá-los-fa em respeito e impediria as suas erupções”.

Esta alianza, típica de los inicios de la colonización en las Américas portuguesa y española, expresa la mutua dependencia entre los grupos involucrados y los diferentes intereses que los motivaron al acuerdo, cada cual relacionado a la dinámica de sus respectivas organizaciones sociales. Si los portugueses vieron la conquista de Guanabara como una posibilidad de extender la administración lusa en las tierras de América, para los indios temiminón esta debía significar la gran oportunidad de regresar a sus tierras y combatir a sus enemigos.

A través de una perspectiva interdisciplinar, los más recientes trabajos históricos y antropológicos sobre las relaciones de contacto entre indios y europeos, buscan comprender las actuaciones de las poblaciones indígenas en sus relaciones de alianza y conflicto con los europeos, a partir de sus propios intereses y objetivos, que se alteraban en el devenir del proceso histórico. A pesar de las limitaciones del conocimiento disponible sobre poblaciones y sociedades indígenas en el periodo anterior al contacto, es menester reconocer que, en cuanto a los tupís, los trabajos pioneros de Metráu, Florestan Fernandez y, más recientemente, de Viveiros de Castro, Manuela Carneiro da Cunha, Carlos Fausto, entre otros, han permitido a los investigadores algunas incursiones en la etnohistoria que abren un abanico de nuevos significados sobre las relaciones de alteridad. Cada vez más, historiadores y antropólogos

buscan comprender las acciones de los indios en la colonia a partir de sus propias motivaciones, continuamente reformuladas por la experiencia del contacto con los colonizadores.

### **La Guanabara de los indios en el siglo XVI**

El panorama etnolingüístico de la América portuguesa esbozado a partir de las informaciones de los cronistas y misioneros puede comportar, en las palabras de John Monteiro, una dosis considerable de invención. Después de todo, estos pueblos existían como grupos numerosos y diversificados “e foi a partir de su trágico envolvimento com a expansão europeia que se tornaram índios”. En toda América, además, desde 1492, todos los pueblos nativos pasaron a ser llamados indios. Se trata, pues, de una categoría creada por los europeos, en un contexto histórico específico de conquista y colonización, para designar una inmensa variedad de grupos etnolingüísticos que habitaban las más diversas regiones de nuestro extenso continente. Aztecas, incas, iroqueses, siux, tupinambás, aimorés y tantos otros pueblos, con sociedades extremadamente distintas en cuanto a su nivel de complejidad, se tornaron todos “indios” entre finales del siglo XV e inicios del siglo XVI. En la América portuguesa, los europeos, desde temprano, hicieron distinciones entre varias categorías de indios, diferenciándolos en dos grandes grupos: los aliados integrados a la colonia o que permanecían en sus aldeas colaborando con los

portugueses y los enemigos, usualmente llamados gentiles o indios bravos. El término *indio aldeado*, tan utilizado a lo largo de este trabajo, se refiere específicamente a los indios habitantes de las aldeas coloniales que, en el proceso de la colonización, construyeron para sí, como se verá, una identidad propia con referencia a esa condición.

La Guanabara de los indios que es presentada en el siglo XVI comporta, por lo tanto, numerosas distorsiones. Con todo, a pesar de los etnocentrismos, de los preconcepciones, de las confusiones con vocablos indígenas, de las simplificaciones y generalizaciones diversas tan presentes en sus narrativas, los autores quiniestistas fueron agudos observadores de las costumbres indígenas, capaces de describir lo suficiente para permitir que estudios posteriores develasen, aunque de forma limitada, la lógica y el funcionamiento de la organización social tupí. No obstante, a partir de sus narrativas, la gran variedad de grupos indígenas de Brasil, con sus culturas y lenguas diversas, se simplificó, como se sabe, en el famoso binomio tupi- tapuia. A pesar de reconocer la diversidad de los varios grupos indígenas, los cronistas se dejaron engañar con la considerable homogeneidad lingüística y cultural de los tupís que si por un lado facilitó el contacto con el conocimiento sobre ellos, por otro dio también margen a simplificaciones diversas. Reconocían y apuntaban las diferencias, pero la tendencia mayor era acentuar las semejanzas, según la afirmación de Gandavo: “Os cuais ainda que estejam divisos, e haja entre eles diversos nomes de nações,

todavía na semelhança, condição, costumes, e ritos gentílicos todos são uns”.

En el siglo XVI, los tupís predominaban en la costa brasileña y en la bahía del Paraná- Paraguay, tuvieron contacto más estrecho con los portugueses y fueron los mejor conocidos y descritos por ellos, en cuanto tapuia era el término genérico utilizado para designar todos los grupos no tupís. La palabra *tapuia* en lengua tupí quiere decir “bárbaro”, y los indios la utilizaban para designar todas las naciones extranjeras. De allí, probablemente, el engaño de los cronistas en considerar los más variados grupos indígenas como parte de una gran nación. Sin embargo, las diferencias entre ellos surgieron en las descripciones esporádicas sobre algunos grupos específicos; nada, sin embargo, comparado a la riqueza de informaciones contenidas en los diversos relatos sobre los tupís. Los grupos tapuias, considerados reacios y de difícil contacto, eran de modo general definidos por oposición a los tupís y representados a partir de características extremadamente negativas: bárbaros y salvajes, ocupaban los sertones y hablaban una lengua extraña e incomprensible.

Sin intención de debatir sobre los movimientos migratorios de los indios en el periodo pre-colonial, cabe destacar que la hipótesis más ampliamente aceptada sugiere una dispersión de los tupís a partir de la cuenca Paraná- Paraguay que, de acuerdo con Metráux, habría ocurrido poco antes de la conquista. En este proceso de expansión, los tupís habrían expulsado de la costa brasileña grupos tapuias, dividiéndose en dos grandes grupos: los tupinambás, que habitaban la región costera de

Ceará hasta Iguape, y los tupí- guaraní, que de Cananeia hasta el sur dominaban el litoral, extendiéndose por la cuenca Paraná- Paraguay. Sobre el término tupinambá, cabe resaltar su doble sentido, ya que ha sido utilizado tanto para designar los varios grupos tupís que habitaban el litoral hasta Iguape y se distinguían de los guaraníes, así como para referirse específicamente a algunos de estos grupos, como es el caso de los tamoios de Río de Janeiro y de los tupinambás de Bahía y de Marañón. Los cronistas y misioneros de los siglos XVI y XVII usaban el término más frecuentemente para designar grupos específicos, aunque pudiesen emplearlo también en términos genéricos, como se evidencia en el texto de Lery al hacer referencia a los “tupinambás tupiniquins”.

La designación de los grupos étnicos es, sin duda, bastante problemática y controvertida, sobre todo si tenemos en cuenta las dificultades de los portugueses en identificar y comprender la etimología indígena. Varnhagen ya advertía el problema, destacando que “aparecem nos documentos antigos as mesmas gentes apelidadas por nomes tão diferentes que mais de um escritor tem sido induzido em anomalias e despropósitos”. Reflexionando sobre las denominaciones y sus significados, usados por los tupís para designarse a sí mismos y a los demás, Varnhagen cuestiona las divisiones étnicas establecidas por los cronistas, revelando que muchas naciones pasaron a ser entonces consideradas a partir de sobrenombres que les eran dados por sus vecinos, muchas veces del mismo grupo. Tales apelativos variaban de acuerdo con el tipo de relación que estuviesen viviendo en determinado

momento, y esas relaciones, flexibles y fluidas, se alteraban intensamente, como veremos más adelante. En un trabajo reciente, John Monteiro también apuntó esta cuestión, señalando que las identidades étnicas registradas por los cronistas no deben ser vistas como categorías fijas, dado que “o processo de invenção de um Brasil indígena envolveu a criação de um amplo repertório de nomes étnicos e categorias sociais que buscava classificar y tornar compreensível o rico painel de línguas e culturas antes desconhecidas pelos europeus”.

Vale recordar, además, que las étnias indígenas del siglo XVI y sus relaciones fueron descritas en una época en que los cambios causados por el contacto con los europeos ya venían ocurriendo hacía por lo menos medio siglo y las intensas guerras intertribales, realizadas para dar continuidad a los odios llamados “ancestrales”, ya estaban, cuando fueron descritas, fuertemente influenciadas por los extranjeros, que por medio de ellas obtenían esclavos y, directa o indirectamente, las incentivaban. Ferguson y Whitehead destacaron el impacto decisivo de las relaciones de contacto con los europeos sobre las guerras intertribales, razón por la cual se torna prácticamente imposible caracterizarlas en el periodo anterior al contacto, pues fueron siempre descritas ya bajo su influencia. Y no sólo las guerras, sino también las relaciones interétnicas eran, grosso modo, bastante influenciadas por la presencia europea con tantas nuevas amenazas (guerras, esclavizaciones, epidemias). Por lo tanto, cuando los cronistas decían que tales indios eran amigos de unos y enemigos de otros, tal vez no percibiesen su propia influencia sobre esas

relaciones y, con frecuencia, se equivocaban al utilizar tales relaciones como elementos definitorios de características de los grupos indígenas que procuraban identificar.

No cabe aquí discutir ni trazar un cuadro etnográfico de las poblaciones locales de Río de Janeiro pre colonial y de sus aldeas de origen, pero interesa resaltar la predominancia, en el siglo XVI, de los grupos de origen tupí. Las fuentes quiñentistas son muy discordantes en cuanto a la extensión de la costa ocupada por los grupos tupinambás, que se podía extender desde el cabo de São Tomé, en el extremo norte, hasta São Sebastião, en el límite sur. Además de estos existían, evidentemente, muchos “tapuias” –los demás grupos lingüísticos presentes en las regiones más distantes de aquella que sería el núcleo de la colonización e incorporados a ella en periodos posteriores. Se destacan entre ellos los de la familia lingüística puri, tronco macro- gé en el cual se incluían los goitacazes y los guarulhos, aldeados en los inicios del siglo XVII, y los coroados y los puris, integrados recién en el final del XVIII e inicios del XIX. A estos grupos se sumaron siempre muchos otros de diferentes orígenes y regiones que, a lo largo de la colonización, se transferían para Río de Janeiro, aumentando el contingente de sus aldeas, de acuerdo con la política indigenista de la corona portuguesa.

Los tamoios y los temiminós, ambos de los alrededores de la bahía de Guanabara, y los tupiniquins, de São Vicente, de Espírito Santo y de Bahía, todos del tronco tupí, fueron, de acuerdo con las fuentes, los principales personajes de la guerra de conquista de Río de Janeiro. Las

relaciones establecidas entre ellos y con los europeos ganan nuevos significados cuando prestamos atención a algunas de las características de la organización social tupí, a la fluidez y flexibilidad de sus relaciones y a las amplias posibilidades de cambio que la situación de contacto conllevaba. Es posible, incluso, cuestionar algunas atribuciones que les fueron conferidas por los cronistas en términos de comportamiento, relaciones, y aún identidades étnicas, como veremos más adelante. Era un tiempo de cambios profundos, que tal vez hayan pasado desapercibidos no sólo para los cronistas, sino también para los antropólogos que, basados en sus informaciones, procuraron reconstruir el cuadro cultural y etnolingüístico de aquellas sociedades, en una perspectiva funcionalista. Sin desmerecer los trabajos pioneros y fundamentales de Florestán Fernández y Alfred Métraux, indispensables para nuestra comprensión sobre las relaciones entre los indios y los colonizadores, cabe reconocer los límites de las fuentes en las cuales se basaron y el dinamismo y la complejidad de la historia de los indios y de sus relaciones desde el período pre-colonial, para los cuales estos autores no observaron una perspectiva etno-histórica.

Abandonando la idea de cultura auténtica y fija, limitada por mecanismos tradicionales y constrictivos, las investigaciones etno-históricas han revelado la extraordinaria capacidad de los indios para reelaborar comportamientos, actitudes y valores, alterando sus relaciones y aún sus historias e identidades. La concepción de cultura como algo que se forma y continuamente se transforma en los procesos históricos, a

través de las experiencias de hombres que la vivencian, permite percibir en las situaciones de contacto la articulación entre las estructuras tradicionales y las fuerzas de cambio. En ese proceso, no sólo se reelaboraban las relaciones entre los grupos, sino que también las propias etnias se podían rearticular o reformular de acuerdo con las coyunturas, los intereses y las motivaciones de los grupos en cuestión.

### **La guerra y las relaciones de alteridad entre los tupinambás**

En el ámbito de este trabajo, no interesa realizar un abordaje exhaustivo sobre la organización social de los tupís, sin embargo, algunos aspectos de su tradición son fundamentales para la comprensión del cuadro de relaciones que establecieron los europeos. Al analizar la función social de la guerra entre los tupinambás, Florestan Fernández la consideró un elemento básico en la reproducción social: la jefatura, el profetismo y las relaciones de alianza y enemistad entre las aldeas se expresaban a través de ella.

De acuerdo con los relatos, las aldeas debían constituir unidades locales de los grupos tupinambás. Las fuentes del siglo XVI divergen en cuanto al número de *malocas* y habitantes por aldea, siendo la oscilación más frecuente entre cuatro y siete *malocas*, con diversos hogares poligínicos. De acuerdo con Métraux, el promedio de habitantes por

*maloca* debía variar entre 50 y 200 individuos. Constituían grupos guerreros fuertemente solidarios, pero no eran unidades sociales autosuficientes, pues se articulaban con grupos locales (aldeas) y unidades sociales mayores. Tales articulaciones se realizaban por lazos de parentesco y/o alianzas y eran flexibles, pues se alteraban de acuerdo con las circunstancias. No se puede hablar, por lo tanto, de unidades políticas amplias en el nivel de organización de las aldeas. Aunque las alianzas ocurriesen con frecuencia, no tenían carácter permanente, como tampoco lo tenían las propias aldeas, que continuamente se reubicaban y se fragmentaban. Las guerras intertribales eran la base de las relaciones entre ellas y se decidían por consejos que reunían los jefes de las malocas y de los grupos locales. Estos últimos, sobre todo por ocasión de expediciones guerreras de mayor amplitud, buscaban articularse con otros grupos locales, como fue el caso de la Confederación de los Tamoios, encabezada por Cunhambe. Florestan Fernandes afirmó no haber encontrado nada significativo en esas articulaciones entre grupos locales llamados tribus por las fuentes del siglo XVI. Una guerra, según Thevet, podía reunir siete u ocho grupos locales. Formaban entonces una unidad supralocal que tenía, sin embargo, carácter temporario, pudiendo disolverse junto con la causa que le diera origen.

Los líderes indígenas no tenían ningún tipo de privilegio económico y su poder se basaba en el prestigio junto al grupo, pues, como afirmó Gandavo, eran obedecidos “por vontade, e não por força”. Su posición conllevaba más deberes que derechos, y si perdía la

admiración y el respeto de sus liderados difícilmente sería obedecido. Entre las cualidades del jefe se destacaba, además del coraje y del mérito por grandes hechos guerreros, la capacidad oratoria. Era a través del discurso que cumplía sus funciones esenciales: exhortar a los liderados al trabajo y principalmente a la guerra y la victoria. La fragmentación de los grupos locales podía ocurrir por varias razones, entre ellas disensiones internas y/o el surgimiento de una nueva jefatura, capaz de nuclear en torno a ella una amplia parentela y un grupo de seguidores.

La guerra era elemento clave en la organización social de los tupinambás. Ella daba sentido y cohesión social al grupo: su preparación y el desenlace final, con el sacrificio del prisionero, involucraba no sólo a todos los miembros de la aldea, sino también a los aliados próximos que, aunque no participaran directamente de la guerra, eran invitados para la gran fiesta que culminaba en el ritual antropofágico. Era principalmente a través de ella que los jefes ejercían y confirmaban su prestigio en el grupo. Cabía a ellos incentivar a sus seguidores a la empresa guerrera, que, además de traerles honra y gloria, reforzaba los lazos de solidaridad entre los elementos propios del grupo y sus aliados de afuera.

Las fuentes son unánimes al afirmar que la principal motivación para el ritual intertribal era el ritual de venganza, cuya realización implicaba la captura de enemigos que, mantenidos en cautiverio por cierto tiempo, eran después ejecutados en la ceremonia antropofágica. Hacer prisioneros y ejecutarlos según el ritual establecido, comiéndolos y compartiéndolos con los demás grupos aliados, era la confirmación de las

relaciones de odio y alianzas. Tales relaciones se extendían por los grupos circunvecinos, a medida que los invitados regresaban a sus aldeas con pedazos de carne del enemigo para ser repartidos con su propio grupo. De esta forma, todos participaban de la conmemoración, estrechando lazos y garantizando la continuidad de las alianzas y de los odios futuros. En este sentido, cabe destacar la contribución de Viveiros de Castro, que avanzó sobre los estudios de Florestan Fernandes al afirmar que la ejecución del enemigo no satisfacía ni finalizaba la venganza, sino que confirmaba los odios que debían continuar. Al contrario de Fernandes, Viveiros de Castro no considera la venganza un retorno, en el sentido de rescatar los ancestros mediante el sacrificio de la víctima, sino un impulso adelante, pues, constituyendo el nexo de la sociedad tupinambá y la institución primordial por la cual esa sociedad se movilizaba, sólo podía ser interminable. Era interminable por ser vivenciada en términos de pasado y futuro, conectando los que vivieron y murieron con los que vivirán, tornando implícita una continuidad. Ahora, si la venganza es interminable, interminables deben ser también las relaciones de enemistad, como destacan Castro y Carneiro da Cunha. Lo que se transmite de una generación a otra, según ellos, es la memoria de la venganza –la voluntad de vengarse mueve a la sociedad tupinambá y, por lo tanto, “os inimigos passam a ser indispensáveis para a continuidade do grupo, ou melhor, a sociedade tupinambá existe em si por intermédio do inimigo”. Hay, pues, una complicidad entre los enemigos que se perpetúa en el tiempo.

El propio diálogo del ritual de ejecución confirma esa idea, pues el verdugo y la víctima justificaban su papel haciendo referencias a las venganzas pasadas y futuras, respectivamente. La afirmativa de un cacique tabajara es reveladora del papel social de la guerra y de la importancia de su continuidad:

Si eu quisesse comer os inimigos, não ficaria um só, porém, conservei-os para satisfazer minha vontade, uns após outros, entreter meu apetite e exercitar diariamente minha gente na guerra; e de que serviria matá-los todos de uma só vez si não havia quem os comesse? Além disso, não tendo minha gente com quem bater-se, se desuniriam e separar-se-iam, como aconteceu a Thion.

La relación con el otro, expresada principalmente a través de la guerra y del ritual de venganza, constituía, por lo tanto, un elemento fundamental en la cultura tupinambá. De acuerdo con Viveiros de Castro, si Lévi-Strauss destacó la apertura al otro como característica del pensamiento amerindio, eso fue particularmente intenso entre los tupinambás, para los cuales “o outro não era apenas pensavel, mas indispensavel”.

Se destaca, sin embargo, que además de la guerra, las relaciones con el otro se realizaban también a través del trueque y del matrimonio. El intercambio de objetos entre los grupos tupís era común y podía involucrar también grupos rivales que interrumpían las hostilidades para efectuarlos. En Río de Janeiro, los tupinambás realizaban intercambios con los maracajás, los carajás y los goitacazes. Al norte, comercializaban

con una tribu tapuia del Gurupi, y de tribus del interior obtenían cristales verdes.

Los tupinambás no pretendían dominar ni negar al otro, sino vivenciarlo en su alteridad plena, de forma de ultrapasar y alargar su condición humana y transformar su identidad. Los europeos se insertaron en este contexto: aliados o enemigos, eran vistos en su alteridad y tenían un papel a desempeñar en la sociedad tupinambá.

Deuses, inimigos, europeus eram figuras de afinidade potencial, modalizações de uma alteridade que atraía e devia ser atraída; uma alteridade sem a qual o socius soçobriria na indiferença e na paralisia.

En Río de Janeiro colonial, los extranjeros estuvieron insertos en las relaciones intertribales ya existentes. Los indios buscaban establecer con ellos relaciones que pudiesen completar o ultrapasar su propia identidad, de ahí la receptividad y apertura al contacto que tanto los sorprendió y posibilitó la colonización. Era, al final, una sociedad en la cual el intercambio, más que la identidad, constituía un valor a ser sustentado, característica fundamental para ser tenida en cuenta en la interpretación de relaciones de contacto. De acuerdo con los cronistas, en el momento de la llegada de los europeos dos grupos tupís se enfrentaban en Guanabara: los tamoios, también llamados tupinambás, y los maracajaguaçus, o temiminós. Este enfrentamiento involucraba también a los tupiniquins de las regiones próximas. Los europeos se insertaron en este contexto en el papel de aliados o de enemigos y, sin duda, su

presencia en estos conflictos instigó odios, intensificó guerras, probablemente acentuó la inconstancia y la flexibilidad de las relaciones entre los indios y contribuyó, creo, para la reelaboración o invención de identidades étnicas.

### **Los primeros contactos**

Reflexionar sobre las complejas relaciones entre los indios y los europeos en Río de Janeiro del siglo XVI implica considerar algunos presupuestos esenciales. En primer lugar, es necesario considerar que los grupos sociales en contacto vivenciaban, junto con las transformaciones culturales, un proceso continuo de cambio y construcción de intereses y motivaciones que se alteraban de acuerdo a las circunstancias y la dinámica de sus relaciones. Además de esto, es necesario recordar, como ya fue señalado, que en la segunda mitad del siglo XVI, cuando se tienen más noticias de las relaciones de los indios de Río de Janeiro con los europeos, tales relaciones ya existían hacía medio siglo y con cierta intensidad hacía por lo menos dos décadas, lo que evidentemente implicaba cambios considerables en lo que se refiere a comportamientos e intereses de ambas partes.

Los europeos entraban a la historia de los indios y eran incluidos en sus relaciones intertribales como otros que, de acuerdo con su tradición, irían a incluirse en sus relaciones de alianza y enemistad. La historia, al final, como destacó Peter Gow, no se coloca para los pueblos



indígenas como una fuerza externa que viene a desorganizar una estructura atemporal de deberes y obligaciones consanguíneas. La conquista y la colonización constituían también historias de aquellos indios que las vivenciaron, dándoles significados propios, a partir de las referencias a sus tradiciones, que a su vez se modificaban de acuerdo con sus experiencias de vida y de contacto. Al final, instituciones, ideas y eventos no se explican simplemente a partir de principios previamente establecidos, sino que se desarrollan a lo largo del tiempo, en un complejo proceso en que estructuras culturales, al mismo tiempo que informan las acciones y experiencias humanas, se modifican a través de ellas. La apertura al otro, tan enfatizada por Viveiros de Castro entre los grupos tupís, con seguridad tomó nuevas dimensiones en la situación de contacto.

El tratamiento especial concedido a algunos exiliados, como João Ramalho en São Paulo y Caramuru en Bahía, refuerza las ideas de Viveiros de Castro sobre el interés de los indios en la alteridad plena de los europeos, pues evidencia la apertura y la confianza con que recibían a los extranjeros, incluyéndolos entre los suyos, sin distinción ni preconcepción. La posición destacada alcanzada por algunos de ellos se debe, sin duda, a su comportamiento meritorio de acuerdo con las reglas y las costumbres del grupo, pues muchos exiliados llegaron a las costas brasileñas y, en lugar de tornarse grandes líderes, terminaron en una ceremonia antropofágica. Cabe recordar que los jefes indígenas tenían su poder basado en el prestigio y sólo eran obedecidos por la voluntad de

sus liderados. Esto evidencia que estos portugueses realmente habían incorporado las nuevas costumbres, pues en el caso contrario, difícilmente hubieran sido tan bien aceptados y mucho menos mantenido una posición de liderazgo. Es interesante notar también la apertura de estos europeos en relación a las costumbres de los indios y la aparente facilidad con que asumían sus nuevos papeles, a juzgar por las informaciones de varios cronistas. Considerada salvaje por algunos, la vida entre los indios parecía bastante atractiva para otros. Es el caso de numerosos franceses que permanecían aquí como intérpretes y absorbían enteramente, según parece, las nuevas costumbres. De lo expuesto, se puede deducir que si los exiliados se tornaban personajes esenciales en el proceso de la conquista, ese papel les fue conferido por los grupos indígenas que, irónicamente, acabarían por ocupar un lugar irrisorio en el palco de la historia.

Aunque en la fase inicial del contacto las relaciones menos intensas fuesen también menos traumáticas para la organización social de los indios, sus consecuencias ya eran negativas. Warren Dean llamó la atención para el hecho de que desde el inicio del siglo XVI, cuando expediciones esporádicas llegaban a la costa brasileña, la influencia de los europeos sobre las poblaciones indígenas ya se hacía sentir. En 1519, según Pigafetta, los tupinambás traficaban con los blancos. A pesar de los pocos indicios sobre epidemias anteriores a 1554, ellas probablemente ocurrían, y, además de eso, las guerras intertribales se intensificaban, incentivadas por los europeos que cambiaban con los grupos aliados sus

prisioneros de guerra para tornarlos esclavos. Estos factores contribuían para desestructurar la organización social de los indios y, probablemente, ya causaban un considerable aumento de la mortalidad, y consecuentemente alteraban, de a poco, los intereses y las alianzas de los indios entre sí y con los europeos. Según las estimaciones de Dean, entre 1501 y 1555 por lo menos 330 barcos estuvieron en la región, incluyendo 10 expediciones españolas. En este periodo, por lo tanto, la población tupinambá ya se reducía por efecto de esos contactos. La reducción catastrófica, sin embargo, ocurriría más adelante, cuando la presencia portuguesa se tornó más intensa y las guerras se fueron acentuando hasta asumir las inmensas proporciones que involucraron la expulsión de los franceses y la fundación de la ciudad de Río de Janeiro.

En las tres primeras décadas del siglo XVI, predominaban las relaciones de trueque y los franceses frecuentaban la costa casi o tan intensamente como los portugueses. La principal riqueza de la región era el palo-Brasil, abundante y de buena calidad, sobretodo en Cabo Frío. Si recordamos que, además de la guerra, las alianzas se hacían también a través del trueque y de los casamientos, se puede percibir que las relaciones de los indios con los europeos no se reducían, como afirma John Monteiro, a la lógica económica. A partir de lo expuesto anteriormente es forzoso creer que, más allá de las posibilidades de obtener instrumentos de hierro y armas, los indios veían en los europeos nuevas oportunidades para sus relaciones sociales de amistad u hostilidad. Los intercambios incluían productos variados: los indios

querían armas de fuego, instrumentos de hierro, bugigangas, etc., y los europeos, además de la preciosa madera, necesitaban alimentos, esclavos, mujeres, papagayos, etc. Los esclavos eran los prisioneros de los grupos aliados, que los cambiaban por mercaderías europeas, práctica común, acabó teniendo efectos muy negativos, pues las guerras se intensificaban para atender a las demandas de los europeos por esclavos y los indios reclamaban la pérdida de sus cautivos para el sacrificio. Los objetos de cambio tenían diferentes valores y significados para los grupos involucrados: si objetos valiosos para los europeos podían ser cambiados por bagatelas por los indios, estos, a su vez, exigían mucho por lo que consideraban raro y valioso. De acuerdo con Lery, una vieja quería un cañón grande a cambio de su papagayo. Plumas de pájaros y papagayos adiestrados eran objetos raros y valiosos para los indios.

Los franceses tenían prácticas diferentes de los portugueses en la organización de las actividades de trueque, pues en lugar de fundar factorías dejaban un intérprete entre los indios que se encargaba de organizar el trabajo y abastecer los navíos, cuando llegaban a la costa. Tal situación permitía relaciones bastante amistosas con los indios que, sin duda, facilitaron su establecimiento cuando, algunos años más tarde, resolvieron crear la Francia Antártica. De acuerdo con relatos, las relaciones de los franceses con los indios diferían de las de los portugueses principalmente en cuanto a la tolerancia con las costumbres indígenas.

Era, en suma, un periodo en el cual los conflictos no eran tan acentuados, dadas las motivaciones de las partes involucradas en los intercambios, muy diferentes de las del momento posterior, cuando los portugueses y, más tarde, los franceses iniciaron la ocupación efectiva de la tierra. Como ya fue señalado, aún ese contacto esporádico era desestructurador e introducía cambios significativos en la organización social de los indios y, consecuentemente, en las motivaciones y en los intereses que orientaban sus contactos con los europeos. Si estos últimos pronto comprendieron las relaciones de hostilidad entre los indios de la costa brasileña y las utilizaron en provecho propio, lo mismo se puede decir en relación a los indios que, además de eso, percibieron también el impacto negativo de esas alianzas, lo que los llevó a cambiar de lado innumerables veces. Comportamientos, concepciones y actitudes eran creados y recreados constantemente, tanto por parte de los indios como de los colonizadores.

### **Etnias y relaciones en tiempos de cambio**

Era un tiempo de muchos cambios, no sólo en términos de relaciones entre los grupos sino también en sus formas de identificación. El mayor efecto del contacto fue, según Ferguson, el de intensificar y engendrar la guerra, proceso por él denominado *warrification*. El interés por las herramientas y armas europeas tenía, según este autor, el efecto de aumentar la competitividad entre los grupos, que no sólo ampliaban

sus guerras para satisfacer el interés de los europeos por esclavos, obteniendo de ellos, a cambio, las codiciadas mercaderías, sino que también luchaban entre sí por el acceso a ellas. Las rivalidades entre los grupos europeos también fueron percibidas por los indios, que se posicionaban en relación a ellas buscando alianzas que satisficiesen sus intereses, y, en ese proceso, polarizaban sus propias hostilidades. La dominación colonial intensificaba las divisiones de los grupos étnicos en facciones, pues aumentaba la competitividad entre ellos por el acceso a las riquezas y a los poderes de las sociedades dominantes. En el Rio de Janeiro del siglo XVI, los tamoios, los tupiniquins, y los temiminós, se enfrentaban, se aliaban y se dividían en torno a las rivalidades entre franceses y portugueses. Iban y venían de un lado para otro, sin embargo, los poderes coloniales institucionalizaban tales divisiones en militarismos, acentuándolas. No queda duda de que las hostilidades de las guerras europeas incentivaron las divisiones en facciones y estimularon algunas animosidades, como se verificó entre los tamoios y los temiminós, entre varios grupos tupiniquins y entre los potiguaras del nordeste.

Los tupinambás de Guanabara (tamoios) no siempre fueron enemigos de los portugueses. Pero Lopes de Souza informa que fueron recibidos con mucha gentileza cuando la expedición de Martim Afonso de Souza permaneció allí por tres meses con el fin de construir embarcaciones. No obstante, los tamoios ya mantenían, desde 1525, relaciones continuas con los franceses. La buena recepción que dieron a

los portugueses, sin embargo, fue garantía de seguridad y apoyo para un establecimiento definitivo en la región. Según Balthazar da Silva Lisboa, Martim Afonso de Souza había reconocido “ser a povoação dos belicosos Tamoios, vingativos e desconfiados” y que sólo con las armas se podría establecer allí con seguridad, y, por no disponer de fuerzas suficientes, consideró más prudente seguir su viaje de descubrimientos hasta el río de la Plata. Entre una amistosa recepción temporaria y el apoyo necesario para el establecimiento de una colonia había, sin dudas, una gran distancia, y los portugueses, me parece, ya frecuentaban aquellas costas desde hacía el tiempo suficiente para conocer la inconstancia y la belicosidad de los indios que seguramente veían como futuras amenazas. Situación bien diferente encontrarían en São Vicente, donde la presencia de João Ramalho, exiliado portugués con una posición desatada y liderazgo entre los tupiniquins, les daba la seguridad necesaria para dar inicio a su poblamiento. Al final, en el siglo XVI, la dependencia de los portugueses en relación a los indios era prácticamente total, y la política de alianzas, condición *sine que non* para el éxito de cualquier emprendimiento colonial. No queda duda de que las capitanías exitosas tuvieron el apoyo de los indios y las demás fracasaron principalmente debido a sus ataques y hostilidades. La afirmación de Romano de que no podría haber superioridad bélica suficiente para justificar la victoria de un puñado de españoles contra millares de indios en la América hispánica puede ser extendida a la portuguesa. Además de eso, esa superioridad bélica debe ser relativizada, sobre todo si consideramos la inmensa mayoría indígena y las limitaciones técnicas de la época: entre un tiro y

otro de arcabuz, como destacó Mendonça, volaban millares de flechas envenenadas por el poderoso curare. Más que la existencia de caminos que conducían al interior, creo, con John Monteiro, que la elección de São Vicente como núcleo inicial de la colonización se basó principalmente en la cooperación segura y confiable de los tupiniquins, liderados por Tibiriça sobre la fuerte influencia de su yerno, João Ramalho.

Mientras tanto, en Guanabara, se deterioraban las relaciones entre los portugueses y los tamoios. Estos, de acuerdo con Anchieta, “se levantaram contra eles por grandes agravos e injustiças que lhes fizeram, y receberam os franceses, dos quais nenhum agravo receberam”. Malos tratos causados por colonos dejados en las factorías habrían dado origen a los desentendimientos, según Gafarel. Situaciones como esa eran, además, bastante frecuentes: actitudes de traición y violencia de los portugueses contra los aliados desencadenaban reacciones también violentas por parte de ellos. El mejor ejemplo en este sentido fue la gran revuelta de grupos tupiniquins en varias regiones de Brasil. La inconstancia de las relaciones de alianza típica de la región tupinambá se intensificaba con la presencia europea.

El establecimiento de los portugueses en São Vicente y las relaciones de amistad con los tupiniquins deben evidentemente haber acentuado las hostilidades de los tamoios contra ellos. Se agrega a esto el contacto cada vez más estrecho de estos últimos con los franceses, que negociaban con ellos y los predisponían contra los lusos. En 1554, según

Hans Staden, prisionero de los tupinambás, había relaciones amistosas entre ellos y los franceses iban allá a cambiar mercaderías y que los incentivaban contra los portugueses. A mediados de siglo, la presencia francesa en Guanabara ya era bastante significativa y, a juzgar por los relatos, sus relaciones con los indios eran mucho más armoniosas que las de los portugueses. De acuerdo con el relato setecentista de Simão de Vasconcelos, Villegaignon “assentou liga com os tamoios e com palavras y dádivas liberais se fez senhor dos corações de todos, feitos em um corpo contra os portugueses”.

Los párrafos anteriores evidencian que no faltaban razones para que los tamoios incrementaran sus expediciones guerreras contra los portugueses y los tupiniquins, causando serias amenazas a los colonos establecidos en São Vicente y en Espírito Santo. Estos, a su vez, también instigaban a sus aliados contra los tupinambás de Río. Las necesidades crecientes de esclavos intensificaban las guerras intertribales, que alcanzaban proporciones inusitadas. La ocupación efectiva de la tierra y el establecimiento del cultivo de la caña aumentaron sobremanera las hostilidades entre indios y europeos en toda la costa brasileña. Se tornaba cada vez más difícil suplir a través del truco la necesidad creciente de brazos para la labranza. El sistema de intercambios se agotaba por razones económicas y culturales. De acuerdo con Schwartz, los indios se recusaban al trabajo más intenso no sólo porque ya tenían herramientas suficientes, como afirma Marchant, sino también por razones culturales. El aumento de la productividad causado por la utilización de los

instrumentos de hierro los llevaba, de acuerdo con su lógica socioeconómica, a disminuir las horas de trabajo, y no a aumentarlas, como hubieran deseado los portugueses, Se suma a eso el hecho de que el trabajo en la agricultura era, en la tradición tupí, realizado por mujeres.

No queda duda de que la esclavitud indígena a gran escala comenzó a ocurrir cuando las relaciones de trueque se volvieron insuficientes para las nuevas exigencias de la colonia en crecimiento. Paralelo a eso, el carácter destructor de la alianza con los portugueses se revelaba cada vez más a través de enfermedades contagiosas, de actitudes traicioneras y, principalmente, de su voracidad en obtener esclavos que, además de intensificar las guerras intertribales, contrariaba su principal motivación –la captura de prisioneros para el sacrificio, produciendo descontento entre los indios. La consecuencia directa de esa situación fue el incremento dramático de las guerras indígenas contra los portugueses en toda la costa de Brasil. La gravedad de la situación en el final de la década de 1540 fue expresada en la carta que Luís de Góis dirigió a d. João III, en 1548, en la cual decía que “Se vossa majestade não assistir logo esas capitánias, não só perderemos nossas vidas e mercadorias como também perderá Vossa Majestade a terra”. Los enemigos principales, responsables por el malogro de la mayoría de las capitánias, y amenazas constantes en las fronteras de administración portuguesa en la colonia, eran los indios. Estos, a pesar de la presencia extranjera, también constante y amenazadora, fueron el principal blanco de la mayoría de las guerras en el siglo XVI. La propia guerra de conquista de Río de Janeiro,

en su segunda fase, 1567, fue mucho más contra los tamoios que contra los franceses, cuya amenaza ya no era tan fuerte. Entre la Bahía de Todos los Santos y la Bahía de Guanabara, se extendía una larga faja costera de 750 millas dividida por d. João III en cuatro capitanías que en las décadas de 1540 y 1550 fueron palco de violentas guerras entre los indios y los colonizadores: Ilhéus, Porto Seguro, Espírito Santo y São Tomé. La conquista de esas regiones prepararía el camino para la gran embestida de 1567 contra los tamoios y los franceses en Río de Janeiro.

Los tupiniquins de la Bahía habían inicialmente recibido bien a los portugueses, viendo en ellos nuevos aliados para combatir a los enemigos tupinambás. En 1545, en donatário de Bahía, Francisco Pereira Coutinho, al huir de los tupinambás, encontraría refugio entre los tupiniquins de Ilhéus y, más tarde, Tomé de Souza, aconsejado por d. João III, buscaría también protección entre los amigables tupiniquins de la Bahía. Sin embargo, las enfermedades importadas, el trabajo extenuante, las esclavizaciones y las actitudes traicioneras de los portugueses pronto harían que los tupiniquins se volvieran contra ellos. En el transcurso de la década de 1550, desencadenarían una fuerte reacción contra sus antiguos aliados. En las capitanías de Espírito Santo y São Tomé, los indios tampoco daban tregua a los colonos. En la primera, los goitacazes y los tupiniquins se aliaron y mataron al representante del donatario, quemaron ingenios y destruyeron la ciudad, obligando a los colonos a abandonar la capitanía, de forma que, a mediados de 1550, sólo un pequeño grupo de colonos sobrevivía allí. Un

poco más al sur, en la pequeña capitanía de São Tomé, los goitacazes eran los terribles y principales enemigos de los colonos que les impedían establecerse en la región. Indios de lengua gé, poco conocidos por los portugueses, eran descritos con características extremadamente negativas: feroces, bárbaros y crueles. Formidables guerreros, caníbales voraces e incapaces de vivir en paz unos con otros, manteniendo una guerra interminable entre sí y con todos los extranjeros, según los informes de Lery. Fray Vicente do Salvador afirmó que “nunca fue alguien a su poder que regresase con vida para luego contar”. Vale observar, sin embargo, que tales características fueron construidas, desarrolladas y asumidas por los colonizadores e indios en el proceso histórico de contacto. Desde el inicio, los goitacazes colaboraron con los portugueses, habiendo contribuido para el buen comienzo de la capitanía donada a Pero de Góis. Se tornarían férreos enemigos de los portugueses después de la traición del comerciante Hernique Luis, que invitó al jefe goitacá a visitar su navío y lo aprisionó exigiendo rescate, cuyo pago no le impidió entregarlo a grupos rivales para la ejecución ritual. Rabiosos, los goitacazes destruyeron los establecimientos de la pequeña capitanía y derrotaron todas las expediciones enviadas contra ellos., de forma que la capitanía no se pudo recuperar, a pesar de los esfuerzos de Pero de Góis.

Los goitacazes adquirieron reputación de feroces e invencibles, lo que tal vez haya contribuido para darles algunas décadas de sosiego, ya que la gran embestida contra ellos sólo se daría en el inicio del siglo XVII. Se deben considerar aquí nuevamente los posibles cambios de

comportamientos, características e identidades, muchas veces dadas inicialmente por los colonizadores, aunque asumidas también por los grupos indígenas, conforme a las circunstancias históricas y por fuerte influencia del contacto con los extranjeros. Si para algunos grupos indígenas la supervivencia estaba en la alianza con los europeos, para otros podía estar en el enfrentamiento y en la construcción de una imagen aterradora que tenía el efecto de despertar el miedo en los enemigos y mantenerlos distantes, por lo menos por cierto tiempo. La fama de enemigos bárbaros, crueles e implacables construida por los colonizadores e indios debe haber servido, de alguna forma, a los goitacazes, que acabarían haciendo justicia, según los informes, a esos calificativos, dando violento combate a los enemigos en cuanto pudieron. Una vez vencidos, volverían a colaborar con los portugueses, aldeándose y buscando nuevas formas de supervivencia y adaptación en el mundo colonial. Y fueron vencidos, inicialmente, “por uma mortífera doença de bexigas, de que padeceram”, después de la cual estuvieron sujetos al capitán Estêvão Gomes, diciendo que querían ser sus compadres y de los blancos, y comerciar con ellos.

La llegada del primer gobernador general acompañado de seis jesuitas, entre ellos el padre Manoel Nóbrega, significaba un esfuerzo de la Corona para mantener la soberanía sobre la colonial contra los ataques extranjeros y, principalmente, someter a los indios enemigos e integrar a los aliados, lo que se haría a través de la guerra justa y la política de los aldeamentos, respectivamente. El Regimiento de Tomé de Souza ya

incluía cuestiones respecto a una política indigenista. El gobierno general daría inicio a la política de aldeamentos religiosos, cuya función primordial sería la de reunir los indios aliados en grandes aldeas próximas a los núcleos portugueses, donde, bajo la administración espiritual y temporal de los jesuitas, se tornarían súbditos cristianos para garantizar y expandir las fronteras portuguesas en la colonia. Era preciso mantener los indios aliados y derrotar los enemigos de manera de seguir adelante con el proyecto de la colonización.

Del Regimiento de Tomé de Souza al de Men de Sá, entretanto, muchas aguas pasarían y, junto con ellas, mucha sangre, a medida que el sueño optimista de los padres y autoridades en relación a la facilidad de la conversión y del establecimiento de las aldeas se desvanecía. Al inicio, los padres iban a los sertones para adoctrinar a los indios, pero los riesgos de la situación y los límites de la actuación misionera en esas condiciones, los llevarían a transferir a los indios para aldeas construidas próximas a los núcleos urbanos, práctica que se desarrollaría principalmente a partir de la campaña destructora de Mem de Sá, hacia el final de los años de 1550. Los padres enfrentaban la hostilidad de los colonos interesados en la esclavización de los indios y, sobretodo, los ataques frecuentes de las tribus enemigas, que amenazaban los establecimientos portugueses y el propio proyecto de los jesuitas. Tomé de Souza se esforzaba por controlar la situación, aunque la guerra se intensificaba, tornándose crítica hacia mediados de la década de 1550 en las regiones entre el sur de la Bahía y la Guanabara. El desastroso

gobierno de d. Duarte da Costa y la muerte del obispo Sardinha por los caetés, en 1556, cambiarían los rumbos de la política indigenista, abandonándose cierta tolerancia y prudencia de los primeros tiempos en pro de una violenta campaña contra los indios desencadenada por el tercer gobernador general, Mem de Sá.

Hacia el final de los años de 1550, entre el sur de Bahía y Río de Janeiro, los indios hostiles daban combate incesante a los portugueses. Mem de Sá los enfrentaría violentamente y con ayuda de los jesuitas conseguiría dominar la situación en el espacio de, aproximadamente, diez años. Paralelamente a las campañas militares, el tercer gobernador imponía nuevas reglas a los indios aliados, mientras los reunía en grandes aldeas satisfaciendo el proyecto de los jesuitas. Nóbrega y Anchieta estaban exultantes con la nueva política que llenaba las aldeas de indios, los cuales, aterrorizados con la situación de guerra de los sertones, pedían la paz y se aldeaban.

Mem de Sá venció inicialmente a los tupinambás de la Bahía para luego desencadenar la devastadora campaña contra los tupinambás del sur de esa capitania de Espírito Santo. Las guerras en esa época se hacían básicamente con contingentes indígenas, y las alianzas seguían influenciando y alterando las relaciones intertribales. Mem de Sá contó con el auxilio de los recién vencidos tupinambás para el verdadero baño de sangre que promovió contra los tupiniquins, que, una década antes, protegían los portugueses contra los ataques de los tupinambás de la Bahía. La violencia del gobernador fue narrada por él mismo:

na noite que entrei nos Iléus fui a pé dar em uma aldeia que estava a sete léguas da vila (...) e antes de manhã, às duas horas deir na aldeia e a destruí e matei todos os que quiseram resistir e la vinda vim queimando e destruindo todas as aldeias que ficaram atrás e por se o gentío se ajuntar e vir seguindo ao longo da Praia fiz algumas ciladas onde os cerquei e les foi forçado deitaram-se a nado ao mar costa brava mandei outros índios atrás deles e gente solta que os seguiram perto de duas léguas e lá no mar pelejaram de maneira que nenhum Tupiniquin ficou vivo e todos os trouxedram à terra e os puseram ao longo da Praia por orden que tomaram os corpos perto de uma légua fiz muitas outras saídas em que destruí muitas aldeias fortes e peleje com eles outras vezes em que foram muitos mortos e feridos e já não ousavam estar senão pelos montes e brenas a pedir misericordia e lhes dei pazes com a condição que haviam de ser vassalos de sua alteza e pagar tributo e voltar a fazaer os engenhos tudo aceitaram e ficou a terra pacífica.

La masacre desencadenada por el tercer gobernador fue ampliamente relatada: fray Vicente de Salvador habló en más de 60 aldeas quemadas y, de acuerdo con un jesuita, habrían sido 160. Muchos indios fueron muertos, otros huyeron para el sertón, pero hubo también aquellos que ingresaron a las aldeas jesuíticas, pasando a compartir con antiguos enemigos nuevas posibilidades de supervivencia en la colonia. El tercer gobernador preparaba el camino para su gran embestida contra el mayor reducto antilusitano de la colonia – la Guanabara-, que, además



de ser un punto estratégico en la región sur, amenazaba las capitanías de São Vicente y de Espírito Santo. La guerra contra los franceses y los tamoios en Río de Janeiro se presentaba como una necesidad territorial y religiosa. Desde 1557, Nóbrega proponía la fundación de una ciudad en Río de Janeiro como única forma de defender la región e impedir que los franceses amotinen a los indios; un año después, Mem de Sá se preocupaba con las noticias alarmantes de Río de Janeiro, “onde os franceses reuniam cada vez mais gente a frota armada”. La propuesta del gobernador era fortificar Espírito Santo, que debería ser, según él, la barrera contra los franceses para el norte y el punto de ataque para combatirlos en Río de Janeiro. Para eso, los portugueses contarían con la ayuda de aliados muy especiales: los indios del Gato, que se tornarían los fieles temiminós de Arariboia y cuya trayectoria merece una reflexión especial, antes de entrar en la guerra de conquista de Río de Janeiro.

### **Entran en escena los indios del Gato: serían temiminós o tupinambás?**

En los años 1550, con la política de los aldeamentos, entraban en escena los indios del Gato, los temiminós, poco conocidos y citados, hasta entonces, y principales protagonistas de los acontecimientos posteriores en Guanabara. Una reflexión sobre la étnia temiminó, tan huidiza y poco definida por los autores del siglo XVI, puede apuntar a la posibilidad de estar delante de lo que John Monteiro llamó etnicidad

construida en el contexto de la colonización. Este autor llama la atención para el hecho de que no son sólo los cuadros de alianzas y enemistados los que se reelaboran y construyen con el tiempo y las coyunturas, sino que también las etnias se pueden definir y afirmar de acuerdo con las circunstancias e intereses de los grupos involucrados.

La información sobre los temiminós, además de ser muy limitada y escasa, se restringe prácticamente a las relaciones de alianza y enemistad con los portugueses y los tamoios, respectivamente, en una situación de guerras intensas. Fue a partir de la alianza estrecha establecida con los portugueses en 1555, que se aldearon en Espírito Santo, que comenzaron aparecer con algún énfasis en documentos contemporáneos y que el término temiminó pasó a ser ampliamente utilizado para designarlos. Además de esto, de acuerdo con las informaciones, debían constituir apenas una unidad local o aldea cercada de tamoios por todos lados, pues sólo hay referencias a este grupo específico que habría sido, por lo tanto, integralmente transferido para Espírito Santo. No hay registro de ningún otro grupo temiminó en Guanabara hasta el retorno de gran parte de los que se fueron, ya bajo la jefatura de Arariboia. Lo inusitado de esa situación constituye, desde mi punto de vista un factor importante para problematizar y cuestionar la etnia temiminó. ¿Hasta qué punto serían un grupo étnico o sólo un subgrupo tupinambá, en el sentido más restricto del término, es decir, un grupo tamoio que, en el momento del encuentro con los portugueses, vivía una situación de conflicto con los vecinos? Al final, ellos nos son

presentados simplemente como los indios del Gato, maracajá, que, liderados por Maracajaguaçu, o Gato Grande, habitaban la isla más tarde llamada Governador.

Varnhagen parece estar de acuerdo con esta hipótesis, pues, refiriéndose a las autodenominaciones de los indios de la capitanía de São Vicente, en la cual se incluía la Guanabara, dice que:

(...) se llamaban a sí, unos, guaianás; otro, que no querían olvidar su procedencia de los tamoios (abuelos), se llamaban temiminós (nietos), y otros finalmente se llamarían tupinambás. Algunos de los vecinos los tenían, como se ve en Staden, por tupiniquins, o cuando estaban contra ellos, en guerra, por maracajás o Gatos bravos.

Adolfo Morales de los Ríos, en sus estudios sobre los tupís, tapuias, tamoios y temiminós, enfatiza que los dos últimos habrían sido un mismo grupo que se encontraba enemistado al momento de la llegada de los portugueses. Concuerd a con Varnhagen al afirmar que los indios del Gato se autodenominaban temiminós por ser descendientes de los tamoios.

Cabe reflexionar, por lo tanto, sobre la posibilidad de estar delante de una etnia que se construyó en una coyuntura de guerra estimulada por los intereses y motivaciones tanto de los portugueses como de los propios indios. Al final, su característica principal, que constituye el pasaporte para el espacio físico, político y social conquistado no sólo en la capitanía de Espírito Santo como más tarde en

la de Río de Janeiro, fue la de ser grandes y fieles aliados de los portugueses. Esta, sin duda, fue para estos últimos el principal atributo y la gran virtud de los temiminós, que les dio un lugar destacado en el proceso de la colonización. Para los indios, a su vez, asumir una posición de enemigos ancestrales de los tamoios y amigos de los blancos debía ser en aquel momento bastante ventajoso, dadas las difíciles condiciones que atravesaban.

Cuando, en 1552, la expedición de Tomé de Souza, en su visita a las capitanías del sur para providenciar su resistencia a los extranjeros e indios hostiles, pasó por Guanabara, “não saiu a gente em terra, porque os índios estão mal com os brancos (...) Depois foram os padres pelo rio acima a umas aldeias de uins índios que são amigos dos brancos, onde lhes preguei na sua lingua e juntava os meninos e lhes ensinava a doutrina”. Este fragmento de la carta de un jesuita anónimo, relator de la expedición, no hace referencia a etnia alguna. Serafim Leite identifica a los tamoios como los indios enemigos, y los convertidos como los “habitantes da ilha atualmente chamada Governador”, protagonistas, de acuerdo con él, de la primera catequesis en Río de Janeiro. Tres años más tarde, cuando la situación de guerra de los portugueses con los indios era crítica, como ya fue señalado, se daría la transferencia, por intermedio del padre Luiz da Grã, la transferencia de esos indios para la capitanía de Espírito Santo. Dice el padre haber llegado a la capitanía

(...) um principal que chamam Maracajaguaçu, que quer dizer Gato Grande, que é muito conhecido dos

cristãos, e mui temido entre os gentios, e o mais aparentado entre eles. Este vivía no Rio de Janeiro, e há muitos años que tem guerra con os tamoios, e tendo dantes muitas vitórias desles, por derradeiro, vieram-no pôr em tanto aperto, com cercas, que puseram sobre a sua aldeia e dos seus, que foi constringido a mandar um filho seu a esta capitania a pedir que lhe mandassem embarcação para se vir, pelo grande aperto em que estava; porque ele e sua mulher e seus fillos e os mais dos seus se queriam fazer cristãos.

El acuerdo para la transferencia interesaba evidentemente a ambas partes: los portugueses tendrían aliados para garantizar la seguridad de la capitania de Espírito Santo, constantemente amenazada, y los indios, a su vez, además de escapar de una derrota inminente, establecerían una alianza con extranjeros poderosos e igualmente contrarios a los grupos que los amenazaban.

Chegando lá os navios, estando já com casas e fato queimado, dentro em dia e meio se embarcaram com tanta pressa, que havia pasi que deixavam na Praia seus fillos; e dois, que ficaram na Praia para expirar, já de fome, batizaram logo e no- los deram.

Atendidos en su pedido e instalados en Espírito Santo, el Gato y su gente dieron origen a la aldea de Nossa Senhora da Conceição y desde entonces comenzaron a destacarse por los relevantes servicios prestados en la capitania contra los indios hostiles y piratas franceses e ingleses. Las autoridades portuguesas reconocían la importancia de los indios en la defensa de la capitania y, con intención de agradar al jefe para que

impusiese su voluntad a los temiminós, el gobernador “lhe quería fazer uma grande festa no dia di seu batismo e que por este amor quería que tomasse o seu nome, e sua mulher o de sua mãe, e seus fillos os nomes dos seus, e assim os pôs a cada um”. Cabe observar que la mujer del jefe, ya entonces Vasco Fernandes Maracajaguaçu, fue igualmente prestigiosa entre los portugueses e indios, pues Antonio de Sá afirmó haber trabajado “por estar bem com ela, porque, tendo-a de mina parte, tenho toda a aldeia e não se faz nada senão o que ela quer”.

Esta política de agradar y ennoblecer a los líderes indígenas en situación colonial, ampliamente utilizada en la América española, fue también practicada en Brasil. Con Maracajaguaçu, los portugueses iniciaban la política de prestigio a los líderes temiminós, que se mantendría hasta el siglo XVIII, como veremos más adelante. Con todo, cabe recordar los límites de los líderes indígenas en relación a sus subordinados –límites reconocidos por los propios portugueses que, cuando tenían los jefes a su favor, se lamentaban porque “nem todos os índios lhe obedeciam tão dócilmente como seria para desejar”. Al final, las rupturas en facciones con el surgimiento de nuevos liderazgos dentro del propio grupo indígena, fueron, como se dijo anteriormente, una característica de la organización social tupí que el contacto con los europeos probablemente intensificó. No faltan ejemplos en ese sentido entre los tamoios y los tupiniquins, y es interesante notar que si los temiminós constituían una unidad local única bajo el mando de Maracajaguaçu, hasta el momento de la migración, una vez aldeados, no

tardarían en dividirse. Hay indicios de que el grupo temiminó liderado por Arariboia se originó en una disidencia con Maracajaguaçu. Al llegar a aquella capitania, parte de los indios migrantes de Río se fue para el sertón, mezclándose con los tupiniquins; solamente en 1562, el capitán Belchior de Azeredo consiguió que se trasladasen

(...) para um bom sítio, que está por este sítio arriba, onde têm muitas e boas terras e estão muito mais a mão e melhor aparelhados, apartados dos Tupiniquins, para neles podermos fazer fruto. Fomo- los ver um dia destes; e o principal, que é homem entendido e desejoso de se fazer cristão, nos agasalhou com galhinas e caça do mato, mostrando-nos o lugar, que já tinha limpo, para nos mandar fazer a Igreja.

Como observó Serafim Leite, el texto hace referencias vagas a un nuevo jefe temiminó y a una nueva aldea, que, acertadamente, me parece, este autor identifica como Arariboia y la aldea de São João, que surge en la documentación dos años después bajo el liderazgo del citado principal.

Los documentos son incompletos y contradictorios no nos permiten, evidentemente, acompañar *pari passu* la trayectoria de los temiminós, tampoco la de Arariboia. Sobre este último, principalmente, las controversias son innúmeras. No es posible siquiera saber con certeza cuándo habría regresado a Río de Janeiro. De acuerdo con Leite, él surge en la documentación como líder temiminó recién en 1564 y, por lo tanto, si viajó a Río con Mem de Sá para destruir el fuerte Coligny (1560) fue en la condición de soldado anónimo. Mientras tanto, en 1564, fecha en

que estaría dando inicio a la aldea de São João, en Espírito Santo, es citado por Anchieta como personaje destacado en la primera tentativa de Estácio de Sá para fundar la población de Río de Janeiro.

Ali chegou a frota em 6 de fevereiro de 1564, sendo a principio bem recebida dos índios tamoios. Acompanhava a frota um índio, de nome Arariboia –que ficou registrado, na história do tempo, como Martim Afonso Arariboia- e que era amigo dos portugueses, desde a época em que aterrava de iratininga fora desabreada. Agora, fizera companhia a Estácio para o ajudar a estabelecer-se na terra dos tamoios, convencendo os seus irmãos de raça a confiarem na amizade pacífica que lhe ofereciam os portugueses.

Más importante que buscar la veracidad de la presencia de Arariboia en esta expedición es notar que el texto expresa las amplias posibilidades de rearticulación de alianzas y enemistades de los indios entre sí y con los europeos. Es por lo menos curioso notar que, más allá de que los tamoios hubieran recibido bien a los portugueses, ellos aparecen como “irmãos de raça” de Arariboia, con los cuales él procura intermediar una amistad pacífica ofrecida por los portugueses. “Irmãos de raça” puede significar, es claro, la pertenencia al grupo tupí o aún la genérica categoría “indio”, inventada por los europeos, pero interesa constatar que el texto no presenta a los temiminós y los tamoios como enemigos ancestrales e irreconciliables, como acostumbra ser sugerido por la literatura histórica. Mucho más que buscar la verdad sobre la trayectoria de Arariboia o de los temiminós, cabe observar las

posibilidades de rearticulación y construcción de alianzas y enemistades que fueron surgiendo en las distintas situaciones, sobretodo en épocas de guerras intensas, como la de la costa brasileña en los años 1550 y 1560.

Las violentas campañas de Mem de Sá en el final de los años 1550 constituyeron, sin duda, un importante elemento de alteración en el cuadro de las alianzas y hostilidades entre los grupos indígenas próximos al litoral. Las masacres tenían evidentemente efectos significativos sobre los indios: si las relaciones de alianza y enemistad eran tradicionalmente flexibles, en situaciones críticas como estas, con seguridad, se debían transformar con mucha mayor facilidad. Si los tupinambás eran enemigos, tal vez hasta ancestrales, de los tupiniquins y los temiminós, como dicen los cronistas, después de la carnicería causada por los portugueses se aproximaron a ellos en los aldeamentos jesuíticos, de donde, probablemente, siguieron juntos a Río de Janeiro para combatir a los franceses y los tamoios. En las aldeas de Espírito Santo se mezclaron diferentes etnias, incluyendo a los temiminós, tupiniquins, tupinambá y goitacazes, y, aunque sólo los dos primeros sean citados como participantes de la expedición de combate en Río de Janeiro, no hay razón para dudar de que los demás también estuviesen presentes.

En el juego de relaciones entre los indios y los europeos, no queda duda de que los primeros perdían siempre y mucho, con todo, es posible notar que colaborar con los portugueses podía significar una estrategia de negociación de las pérdidas. Conviene recordar que la campaña destructora de Mem de Sá mostró a los indios la fuerza de los

portugueses y que el mejor camino para su supervivencia era estar de su lado. Además de eso, en esa época, la dependencia de los portugueses en relación a los indios era grande, y como ha sido señalado, ellos ofrecían ventajas principalmente a los líderes para que los apoyasen. Al final, para los temiminós la enemistad con los tamoios y la alianza con los portugueses les conferían el derecho de obtener cuatro barcos para establecerse en una aldea de Espírito Santo, de donde volverían para hacer el papel de héroes en la guerra de conquista. Por lo tanto, es preciso pensar que asumir características y tal vez hasta etnias creadas por los portugueses podía ser muy ventajoso para los indios.

Cabría intentar comprender los significados culturales de esa posible nueva identidad asumida por los indios del Gato, que más tarde se tornarían los indios de São Lourenço. El camino señalado por Peter Gow en su estudio sobre los indios de la actualidad –los piro, de Perú arroja algunas luces sobre eso. Tales indios se consideran de sangre mestiza y le dan mucha importancia a afirmarse como “civilizados”, tomando la escuela de la aldea y los títulos de tierra como símbolos principales de su identificación, de forma de marcar un nítido contraste con sus ancestros, los “povos da floresta” o “indios bravos”. Interesado en buscar los significados culturales atribuidos por los pueblos nativos a esos aspectos tan ajenos a sus vidas y tradiciones, Gow notó que los piro no negaban el origen de sus ancestros ni anhelaban vivir como los blancos, pero se colocaban en una situación diferente y privilegiada en relación a sus antepasados. La escuela significaba para ellos una

conquista contra el dominador, y ser civilizado era ser autónomo y capaz de vivir en ciudades de acuerdo con los propios valores de los pueblos nativos. Se afirmaban como civilizados, por lo tanto, para marcar un contraste con los ancestros, la “gente da floresta” o los “indios bravos”, ignorantes y esclavizados por la violencia de los blancos. La vida en la floresta era identificada como una situación de masacres, guerras y esclavitud.

Con certeza, para los indios de Gato, la alianza con los portugueses y la nueva condición de indios aldeados significaba la seguridad, cada vez más difícil de ser alcanzada en los sertones, donde guerras, masacres y esclavizaciones eran frecuentes. El ingreso en las aldeas se colocaba para los indios como opción por el mal menor. Además de eso, el hecho de haber asumido una identidad nueva ante los europeos no necesariamente significaba para ellos abdicar de sus propios criterios de identificación entre sí y con los demás grupos con los cuales interactuaban. Son cuestiones bastante complejas que serán discutidas en el último capítulo. Por ahora, cabe desatacar, ante los argumentos hasta aquí desarrollados, la posibilidad de pensar, con John Monteiro, Ferguson, Hill, Whitehead y tantos otros, que las etnias pueden ser inventadas o construidas a partir de las relaciones de contacto y, por lo tanto, cuestionar no sólo la ancestralidad de las hostilidades entre los temiminós y los tamoios, sino también la propia etnia temiminó. No obstante, más importante que intentar descubrir quiénes eran originalmente los indios del Gato, cuestión prácticamente imposible de

ser develada, debemos reconocer el proceso complejo y dinámico de contacto y de rearticulación constante de intereses y alianzas a través del cual, fuesen ellos quienes fuesen antes de las relaciones estrechas con los portugueses, se tornaron, después de ellas, los temiminós de Arariboia. Eran los grandes enemigos de los tamoios y, principalmente, los fieles aliados de los portugueses, características básicas del grupo que, si fueron propuestas o inventadas por los portugueses, parecen haber sido ampliamente asumidas por los indios, que procuraron mantenerlas hasta por lo menos el final del siglo XVIII, como veremos más adelante.

### **La guerra de la conquista**

El Río de Janeiro de la segunda mitad del siglo XVI fue palco de una gran guerra que involucró poblaciones locales y estados europeos, que se enfrentaban en busca de intereses y objetivos diversos. Los campos de lucha entre aliados y enemigos ya se venían definiendo, como se vio, desde por lo menos una década, lo que no impedía a algunos grupos indígenas circular indiscriminadamente entre ellos, según las ventajas del momento.

Abandonada en las primeras décadas de la colonización, la bahía de Guanabara se volvió un reducto antilusitano, donde los tamoios, aliados de los franceses, no sólo impedían el establecimiento portugués

en la región sino que también amenazaban las capitanías de São Vicente y Espíritu Santo. “Os tupinambás faziam incursões constantes nos territórios de seus vizinhos do sul e do norte. Assim, atacavam os tupiniquins, em um lado, e os maracajaguaçus, em outro (na capitania de Espírito Santo)”. Los ataques se intensificaban y los indios construían y deconstruían alianzas de acuerdo con las circunstancias y sus objetivos más inmediatos.

En 1555, los franceses se habían establecido en la isla que pasó a llamarse Villegaignon y pretendían fundar allí una colonia francesa, la Francia Antártica. Era una ocupación caracterizada como actividad de corso, que atendía a los intereses mercantilistas y religiosos de la Francia del siglo XVI. Se aliaron a los tamoios, con los cuales mantuvieron relaciones amistosas, como fue visto, pautadas sobre prácticas diferentes de las de los portugueses. El propio Mem de Sá afirmó que ellos no los reprendían en sus costumbres, les daban armas de fuego, les enseñaban a manejarlas y los trataban con justicia. En carta a la Corte, el gobernador decía que Villegaignon

(...) leva muito diferente orden com os gentios do que nós levamos; é liberal em extremo com eles, e faz-lhes muita justiça, enforca franceses por culpas sem procesos, com isto é muito (..) amado dos gentios: manda-os ensinar a todo o gênero de ofícios e de armas, ajuda-os nas suas guerras, os gentios são muitos e dos mais valentes da costa, em pouco tempo se pode fazer muito forte.

A pesar de los fuertes objetivos mercantilistas presentes en la expansión ultramarina y en las disputas entre los estados europeos de la época moderna, es menester considerar el carácter religioso que marcó el proceso de conquista de las Américas portuguesa y española y el proyecto de creación de la Francia Antártica. En la Francia del siglo XVI, las luchas religiosas se intensificaban y la propuesta inicial de Villegaignon era fundar una colonia en la cual la tolerancia religiosa pudiera garantizar la convivencia entre protestantes y católicos. La presencia de los clérigos Thevet y Lery da cuenta de ese objetivo inicial, cuyo fracaso por desentendimientos y divisiones posteriores contribuiría, según los relatos, a la derrota de los franceses.

Ese carácter religioso de la Francia Antártica contribuiría para basar el discurso de la pacificación que fundamentó la acción guerrera de los portugueses en Río de Janeiro. Tal discurso, como afirma Mendonça, se legitimaba en la “participação jesuítica, transferindo para o elemento indígena as razões da motivação das ações militares empreendidas pelo Estado português”. Además de esto, se fortalecía el argumento cristiano por la necesidad de combatir los herejes protestantes.

A ocupação francesa na baía de Guanabara, em meados do século XVI, representa uma especial confluência de duas “guerras”, de dois inimigos aliados protestantes huguenotes (herejes) e pagãos (indios) –opositres da cristandade (portugueses).

Razones estratégicas justificaban, por lo tanto, la ocupación de Guanabara: era fundamental destruir el fuerte Coligny que Villegaignon

hiciera en aquella bahía, y para esto fue enviada del reino una flota para “demolir o que encontrassem feito e expulsar os franceses”. En 1560, se realizó el ataque a la fortaleza francesa, con victoria portuguesa y amplia participación de los indios y jesuitas. La destrucción del fuerte, sin embargo, no resolvería el problema de seguridad en la región, pues la región no fue ocupada. Los franceses y principalmente los tamoios mantuvieron e intensificaron los ataques a las capitanías vecinas. En Espírito Santo, la defensa “estava na presença dos índios do Gato que, desde 1555, tinham deixado o Rio de Janeiro para se instalarem na aldeia do Espírito Santo e eran amigos dos portugueses”. El padre Brás Lourenço informa que la llegada de los tupiniquins, a mediados de 1561, complicaría la situación, porque tenían muchos parientes entre los indios del Gato y, “além de inimigos dos portugueses, eran cruéis, davam-se à antropofagia e apreciavam mais a guerra do que a fixação ao trabalho”.

Era evidente la necesidad de colonizar la región para garantizar la soberanía del área y la paz en las proximidades. El padre Manuel da Nóbrega escribió al cardenal – infante d. Henrique aconsejando la fundación de la ciudad de Río de Janeiro, pues con ella “ficaria tudo guardado, assim a capitania de São Vicente como a do Espírito Santo que agora estão bem fracas e os franceses lançados de todo fora e os índios melhos sujeitar”.

La gravedad de la situación llevó a Nóbrega y Anchieta a Iperoig con la intención de intentar establecer una alianza con los tamoios de aquella región. La llamada conversión de Iperoig, ampliamente tratada en

la historiografía, *grosso modo*, para engrandecer la actuación de los dos jesuitas, merece una reflexión por ser ejemplo cristalino de la inconstancia de las relaciones de alianza de los tupinambás y de las motivaciones propias que los llevaron a asumirlas. El propio Anchieta reconoció que el principal interés de los indios en la alianza era la posibilidad de formarse al lado de los portugueses para combatir, vencer y comer los enemigos tupiniquins. Simão de Vasconcelos informa que, en el momento de concluir las paces, entraron en consejo con los padres y desahogaron sus penas.

Diziam que os portugueses foram os primeiros que quebraram as pazes, firmadas de uma e outra parte, lhes fizeram guerra e os cativaram e tratavam como bestas de carga: Vós outros, (diziam eles) quando começamos guerra com os temiminós, gente do Grande Gato, confiados pela multidão de arco de nossos inimigos, os ajudastes pelejando com ele contra nós, mas Deus nos ajudou, e pudemos mais. Porém agora... E aqui calaram. Sabia muito bem o padre Nóbrega que tudo o que diziam era verdade.

El episodio permite pensar también sobre los recursos tácticos de los padres frente a las exigencias de los indios, pues, al negociar la paz, Anchieta se limitó a condicionarla a la preservación de la integridad física de sus aliados, quedando en cierta forma implícito que los demás podrían ser sacrificados. Nótese, sin embargo, que sólo el grupo de Iperoig se alió a los portugueses, pues los demás tamoios de Río de Janeiro continuaron hostiles y mantuvieron los ataques.



Animada con la noticia de la conversión de los tamoios de Iperoig, la Corona envió a Brasil la expedición de Estácio de Sá, que, en 1564, intentó, sin éxito, fundar una población en Río de Janeiro. En ese episodio, ya anteriormente citado, el esfuerzo de Arariboia en convencer a sus “irmãos de raça” de apoyar a los portugueses fue en vano, pues “os índios recrutaram gente nas aldeias vizinhas e com perto de 100 canoas atacaram os portugueses, que retiraram-se para São Vicente, onde foram angariar reforços para uma tentativa posterior”.

A esa altura, la situación en la capitania de São Vicente era tan grave que los habitantes de Piratininga pedían a Estácio de Sá para prorrogar los planes en relación a Guanabara y combatir a los indios de la tierra, que los amenazaban seriamente.

Dois grupos hostis rodeavam a capitania, os tamoios e os tupiniquins, sendo estes de constante ameaça para os portugueses, pela dúbia conduta de que davam provas. Assentavam pazes com os habitantes de São Paulo e logo as rompiam, mantendo desde 1562 um verdadeiro estado de guerra contra o novo burgo. Quanto os tamoios, cujo núcleo mais forte vivia na região do Cabo Frio, davam também “muita opressão” às vilas de S. Vicente e de Santos, pois vinham em numerosas canoas com franceses na companhia, e “fazendo grande sucesos da gente branca e escravos”.

Hay que resaltar que los tamoios de Iperoig mantenían las paces y “moravam muitos delesentre os portugueses, e com sua flecha os defendiam de alguns inimigos, especialmente o fiel Cunhambebe, que

assentara casa com toda sua gente frontera aos mesmos tupis só por nossa amizade”. Por un año, la armada de Estácio de Sá permaneció en São Vicente, en preparativos para retornar a Río. Según Serrão, esperaban a los tupiniquins que se habían aliado a los portugueses, pero después se recusaron a partir.

Finalmente, Estácio de Sá siguió para Río acompañado de la flota en la cual iban los jesuitas Anchieta y Gonzalo de Oliveira, portugueses, mestizos e indios temiminós, tupiniquins (de Espírito Santo y probablemente también de São Vicente y Piratininga) y, sin dudas, algunos tupinambás (de Bahía y de Río de Janeiro), Goitacazes de Espírito Santo y, probablemente, muchos otros no citados, que se mezclaban en las aldeas jesuíticas. Llegaron a la bahía de Guanabara en enero de 1565 y en el istmo de la península de São João, al pie del morro después llamado Pão de Açúcar, Estácio de Sá construyó su aldea. El 1 de marzo se levantó el cercado que constituyó el núcleo de la ciudad, llamada São Sebastião en homenaje al rey de Portugal. Estácio de Sá tomó las medidas administrativas necesarias para la fundación de la ciudad, pero el núcleo no pasaba de una pequeña aldea que, por mucho tiempo, sobrevivió bravamente a los ataques cotidianos de los tamoios y de los franceses de los alrededores. En 1567, llegó la armada de Men de Sá y Cristovão de Barros para auxiliar este pequeño núcleo y el 20 de enero ocurrió el violento combate que dio a los portugueses la victoria y la conquista del fuerte de Uruçumirim, importante reducto de los enemigos. El carácter religioso de la guerra fue recordado y reforzado en

los discursos de los jesuitas, de los comandantes y en las evocaciones a São Sebastião. Los portugueses vencieron la batalla, pero la lucha fue ardua y Estácio de Sá fue herido mortalmente. Siguió otros conflictos hasta que el gobernador entró en paz con el gentío y “os franceses estavam botados fora do Rio de Janeiro, por guerra”. De ahí en adelante, los franceses sólo se mantuvieron en Cabo Frio, de donde serían expulsados en 1615.

Por considerar la ubicación de la población en la península de São João poco propicio a su crecimiento y por razones de seguridad, Mem de Sá transfirió el poblado para el morro más tarde llamado Castelo. Desde entonces Río de Janeiro y su región se separaron de São Vicente, volviéndose una capitania perteneciente a la Corona portuguesa, teniendo como límites Macaé, al norte y Ubatuba, al sur.

Vencida la guerra y creada la capitania, era preciso recompensar o castigar a los protagonistas y, al mismo tiempo, garantizar la soberanía portuguesa en la región. De acuerdo con Silva, Arariboia quería regresar a su aldea, pero Mem de Sá le pidió que se quedase en la tierra con sus indios para “ajudar a povoá-la por ser do rei, a quem isso fazia serviço, e que pedisse para si e para os seus as terras que necessitasse e onde as houvesse devolutas”. Las tierras escogidas le fueron otorgadas por escritura pública y Carta de Sesmaria de 1568, y en ellas se estableció la aldea de São Lourenço, que iría a constituir un importante baluarte en la defensa de la ciudad.

Los jesuitas también fueron agraciados con sesmarías, fundaron pronto el colegio y se tornaron administradores de las primeras aldeas que allí se establecieron: São Lourenço y São Bernabé. Iniciaban, en Río, el papel que les fuera conferido en la empresa colonial: integrar a los indios, función tan importante que les garantizaría situaciones bastante privilegiadas en la capitania, incluyendo el poderío político y económico adquirido y mantenido hasta su expulsión, en el siglo XVIII. El castigo dado a los enemigos serviría también al orden colonial: los tamoios aprisionados fueron ofrecidos como esclavos legítimos, juntos con las tierras, a los combatientes de la guerra en recompensa por los servicios prestados a la Corona.

A los indios aliados les sería ofrecido un papel muy especial, dadas las grandes expectativas de la corona en relación con ellos: además de súbditos responsables por la garantía, ocupación y manutención de la tierra, debían tornarse fuerza de trabajo a ser repartida entre las autoridades, misioneros y colonos mediante un sistema de rotación y pagos previos. Se iniciaba en Río de Janeiro la política indigenista de la Corona portuguesa, que dividía los indios en dos grandes categorías: aliados y enemigos, que vendrían a ser aldeados y esclavos, respectivamente. Era el intento por solucionar el dilema, ya colocado por Tomé de Souza, entre tenerlos como súbditos y como fuerza de trabajo. Enemigos y/o aliados, según las circunstancias, los pueblos indígenas eran los elementos básicos contra los cuales y con los cuales la guerra colonial se realizaba.

La conquista de Guanabara y la fundación de la ciudad y capitanía de Río de Janeiro contaron, como se vio, con la participación intensa de los indios de la región y de los alrededores en las condiciones de aliados y/o enemigos, condiciones que se alteraban con frecuencia. En la situación de contacto con los europeos, las poblaciones indígenas sufrieron perjuicios inmensos que van desde la desestructuración de sus organizaciones sociales a los altos niveles de mortalidad, pero no por eso dejaron de actuar a partir de motivaciones e intereses propios. Desde las primeras alianzas con los portugueses y franceses hasta los ingresos en las aldeas religiosas, ya en la segunda mitad del siglo XVI, en la condición de colaboradores o aún como vencidos, los indios buscaban sus propias ganancias, aunque fuese a través de la negociación de las pérdidas. La coyuntura de la guerra colonial con el cuadro de inmensos perjuicios para los indios los incentivaba a buscar nuevos espacios de resistencia fuera de los sertones.

Entraban en las aldeas, donde vivirían otra experiencia. La experiencia de contacto y, sobretudo, de vivencia en los aldeamentos religiosos, compartida con grupos étnicos diversos y con misioneros, implicaba cambios considerables, no sólo en términos culturales y sociales, sino también en cuanto a los objetivos e intereses de los indios. Al vivir un proceso de reelaboración constante de comportamientos, valores, creencias, intereses y objetivos, los temiminós, tupinambás, tupiniquins y tantos otros vivían también un proceso de destrucción y

construcción de historias e identidades, como veremos en los próximos capítulos.

Traducción de Jacqueline Sarmiento, para la cátedra de Historia Americana I, UNLP.